

MARRUECOS, TUNICIA Y LA INTERDEPENDENCIA MAGREBI

Así como el estado de ánimo de un hombre no modifica el cuadro de su vida —aunque tal se le antoje a veces—, los movimientos pasionales o sentimentales de los pueblos tampoco alteran la escueta realidad en que ha de moverse, a gusto o a disgusto. Por ello el alma del hombre y el alma de los pueblos ha sido asemejada con pertinencia al mar cuyos más desatados temporales se producen dentro de ciertos límites allende los cuales son inoperantes sus furores. Los acontecimientos que se encrespan o remansan sucesivamente en el Magreb independizado ilustran con ejemplos concretos estas elementales reflexiones. No llame a engaño la estridencia y espectacularidad de algunas manifestaciones. Los límites impuestos a estas galernas son los mismos, en el fondo, que a la hora de serle concedida a Marruecos la independencia y a Tunicia una autonomía rápidamente convertida a su vez en independencia. Para marroquíes y tunecinos este hecho puede entrañar una honda tristeza. Pero el observador ha de seguir su contorno para no dejarse cegar por las salpicaduras de la noticia diaria dando cuenta de sucesos aparentemente contradictorios. *Lo aparente, que es lo superficial, es siempre contradictorio.* Sólo asomándonos con alguna atención al Magreb independizado nos percatamos de que todo se reduce a un problema de adecuación a una única realidad, que es poner en marcha a unas naciones después de darles forma. Esta doble tarea ha de llevarse a cabo además engranando con un mundo en plena desorientada evolución. Todo ello justifica la situación confusa que es la que se impone a primera vista al considerar a Marruecos y a Tunicia.

Es innecesario recordar las circunstancias en que Marruecos saltó del Protectorado a la independencia. El salto creó un estado de cosas del que puede decirse que un contenido de nacionalismo apasionado —expresado en partidos políticos, fuerzas armadas y masas remecidas por una serie de reivindicaciones— no halló otro continente real que las viejas estructuras tradicionales con el sobrepuesto occidental deri-

vado del Protectorado, aunque verbalmente se diseñaran otras nuevas afectadas por una imprecisión nacida de la confluencia de corrientes de pensamiento europeo y genuino, centrado éste en el Islamismo. Y es así como los propósitos de monarquía constitucional, basada en principios democráticos occidentales y que se pretendía instalar volviendo la espalda a la realidad del país, ha venido siendo en la práctica una monarquía absoluta teñida de paternalismo. Esta fórmula de coexistencia de lo tradicional y lo occidental —representado por los partidos—, no ha resultado, pese a su empirismo, perjudicial para la estabilidad interna del renacido Marruecos. Pero ya se han acusado síntomas de que sólo puede ser transitoria, pues si bien modera, no anula, los ardores de los dos partidos políticos que ocupan el escenario marroquí, el Istiqlal y el P. D. I. cuyas divergencias son bien conocidas. ¿Son éstas acaso doctrinales? Hablar de doctrina política en un país en pleno devenir es tanto como hablar de la forma de una nube que el viento empuja (1). De hecho, las conclusiones a que llegaron el Istiqlal y el P. D. I. después de sus Congresos celebrados respectivamente el 19 y el 21 de agosto pasado, tienen más de un punto de identidad. La divergencia fundamental es cuestión de apetencias de poder y de programas, siendo el del Istiqlal más concreto a la par que refleja más exactamente las aspiraciones del pueblo marroquí que le sigue con mayor entusiasmo en la lucha «contra el feudalismo y la reacción», hidra cuyas múltiples cabezas aun se yerguen en Marruecos, en particular al socaire de la reclamada democracia parlamentaria por la que aboga el P. D. I. (2). No haremos hincapié en la petición que después de su Congreso hizo el Istiqlal para asumir todo el poder. Suscitó una ruidosa campaña de alarma y emoción que estimamos desorbitada, pues más que una auténtica exigencia fué posiblemente una maniobra destinada a desplazar el P. D. I. del Gobierno, lo que ha conseguido, sin por ello lanzar a la aventura de un inútil desgaste a un partido que en la coyuntura actual no tendría verdadera libertad de movimientos, aunque esté apoyado en las masas populares, singularmente las encua-

(1) El mismo Alal El FASSI, en su obra *En Noqd ezate* (La autocrítica), El Cairo, 1952, advertía: «Las ideas expuestas en este libro no son definitivas, ni siquiera para mí.»

(2) *El Alam*, órgano del Istiqlal, 6 de agosto de 1956.

dradas en los sindicatos (U. M. T.) que desempeñan frente al Istiqlal un papel semejante al de la U. G. T. T. de Tunicia junto al Neo Destur. Es decir, que ninguno de estos dos sindicatos es apolítico. De ahí que, enlazando estrechamente lo social y lo político, el Istiqlal preste particular atención a la situación económica del pueblo marroquí que, por diversas medidas gubernamentales, ha visto descender su ya bajo nivel de vida, de suerte que «sólo las clases laboriosas, como por lo pasado, soportan los sacrificios y las consecuencias desastrosas de una política desordenada que carece de programa y de previsión» (3). Todas estas circunstancias, bien conocidas de los dirigentes del movimiento sindical vinculado al Istiqlal, proyectan una luz que es una explicación sobre las numerosas huelgas cuya noticia recoge la prensa, que se resuelven o renacen con aparente incoherencia cuando son, en el fondo, expresión de la lucha que el partido sostiene en el triple frente de lo político, lo social y lo económico en su propósito de ser artífice de la nación marroquí. Por otra parte, a esta masa de maniobra hay que agregar el Ejército de Liberación, puesto en pie por el Istiqlal pese a alguna interferencia del P. D. I. Oficialmente ha ingresado en las filas de las Fuerzas Reales. De hecho subsisten unidades desligadas de la autoridad sultaniana que actúan señaladamente en el Sur y en la frontera con Argelia, expresión armada de las tesis del Istiqlal respecto a los territorios del Sur de Marruecos y del levantamiento argelino.

De cuanto antecede se desprende que el Istiqlal tiene un contorno y un dintorno que justifican su propósito de acción efectiva en Marruecos. A su lado, el P. D. I. parece un pariente menos afortunado y un poco agriado. Sin embargo, estimamos que no se debe minimizar su importancia al extremo de reducirla a una minoría de fieles de Hasan el Uazzani. Muchos de los muchos perjudicados por el cambio de situación y mal resignados al hecho están con el P. D. I. No pretenden, es evidente, hacer marcha atrás en el camino de la emprendida independencia, pero no desean recorrerlo tan de prisa que queden rotos todos los lazos con el pasado y hechas añicos las estructuras económico-sociales del Protectorado, si bien admiten que sean nuevas las políticas. Finalmente, la moderación en lo inmediato y la ambición a plazo lejano del P. D. I. no deja de atraer a la nu-

(3) *Taliaa*, órgano de la Unión Marroquí de Trabajadores, 31 de agosto de 1956.

trida masa amorfa e indefinible que entre estos dos extremos puede adoptar una postura cómoda. Todas estas circunstancias llevan adoptos al P. D. I. Aunque éstos estén agrupados de modo poco orgánico frente al Istiqlal, el P. D. I. gravita sobre Marruecos con el peso de una oposición pasiva a un dinamismo constructivo.

Por encima y, en cierto modo, frente a estas dos fuerzas no iguales, pero comparables, se halla el poder sultaniano que modera, frena y equilibra. Poder legal y oficial, no sabemos hasta qué punto puede llevar a cabo la revolución nacional y social a que aspiran amplios sectores marroquíes, pues su acción —suponiendo que quisiera actuar— está hipotecada por las negociaciones destinadas a dar forma a ese concepto vago y preciso de «interdependencia en la independencia» que Francia lanzó el 6 de noviembre de 1955, especie de acertijo jurídico aún no aclarado en los textos, pero apuntado en los hechos. Las negociaciones con Francia constituyen la tarea más difícil que incumbe al Gobierno marroquí y a Moammed V, ya que se trata de armonizar los propósitos de Francia, expresados en la palabra «interdependencia», con el deseo de Marruecos de atenerse a la «independencia». Ello coloca al Sultán y a su Gobierno en la confluencia de dos voluntades antagónicas, difícilmente conciliables, que explican las alternativas con que nos sorprende Marruecos, en particular a través del Príncipe Muley Hasan (4). Sin embargo, paradójicamente, uno de los factores de la indiscutida autoridad del Sultán es precisamente estar sometido a los tirones de los fuerzas que se ejercen en sentido opuesto con semejante vigor, aunque en forma distinta. Dicho en otros términos, tanto Marruecos como Francia necesitan del Sultán para dialogar y discutir. Ello acarrea que tanto Marruecos como Francia se apliquen a reforzar la autoridad sultaniana y ponerla por encima de las luchas, de tanto ser el lugar geométrico de las mismas. El Ministro de Asuntos Tunecinos y Marroquíes, M. Savary, expuso claramente este afán en el curso del debate sobre

(4) Durante su estancia en El Cairo, el Príncipe Muley Hasan declaró a un corresponsal de la Agencia France Presse: «Marruecos no puede caminar solo en el concierto de las naciones y es Francia la que ha escogido naturalmente, ya que es con ella con la que más afinidades tiene.» Evocando la posibilidad de una Confederación que agrupara a Francia, Marruecos, Argelia y Tunicia, agregó: «Tal Confederación, que constituiría la primera experiencia euromusulmana, representaría un poder considerable y tendría, ciertamente, algo que decir en los asuntos internacionales.»

Marruecos en la Asamblea Nacional (31 de mayo, 2 y 3 de junio) al decir que era preciso «reforzar la autoridad de los gobiernos (tunecino y marroquí) amenazados por campañas de reivindicaciones o por la anarquía», aludiendo también al «mantenimiento de la presencia francesa en Tunicia y Marruecos que diera a ambos países sus posibilidades de porvenir, aun preservando las garantías a que los franceses tienen derecho».

Al margen de enloquecidas maniobras —como el asunto de las octavillas—, creemos no apartarnos de la realidad al señalar que, de momento, existen ciertas seguridades respecto al mantenimiento de la presencia francesa en Marruecos, aunque este país a veces se alborote, muestre su mal humor, haya disensiones y rupturas estruendosas seguidas de reconciliaciones que, tanto como la idiosincrasia marroquí, reflejan el movimiento de balancín impuesto al poder sultánico por el empuje interno y los tirones de Francia. En efecto, si bien ha muerto el Protectorado, su cadáver está en Marruecos. Lo representa, en particular, la masa de inversiones públicas y privadas que en la Zona Sur cifran aproximadamente 1.500.000 millones de francos (5) y el hecho de que económica y financieramente Marruecos

(5) Inversiones francesas en Marruecos:

	Millones de francos
Parte francesa en las inversiones públicas (no reembolsada)	250.000
Capital francés de las Sociedades	200.000
Empréstitos públicos de las Sociedades concesionarias de los grandes servicios públicos (garantizados por el Estado francés)	50.000
Empréstitos diversos cerca de organismos franceses	50.000
Participación privada en las grandes Sociedades concesionarias	75.000
Inversiones industriales	300.000
Inversiones comerciales	50.000
Inversiones mineras	75.000
Construcciones inmobiliarias	300.000
Propiedades agrícolas	150.000
TOTAL	1.500.000

Perspectives Marocaines, núm. 23, 5 de octubre de 1956.

no se ha manumitido, ni va de momento por el camino de una difícil manumición. En efecto, el panorama financiero en los primeros meses de la independencia aparece plagado de problemas presupuestarios cuya solución no se vislumbra, pese a la campaña que hace el Istiqlal, sin sacar las consecuencias prácticas en los hechos. Es decir, que en lugar de una política de compresión y modestia ceñida a la realidad, el primer Gobierno marroquí se lanzó a crear nuevas atenciones (numerosos ministerios, ejército, representaciones diplomáticas, lucha contra el paro, incremento de la enseñanza, etc.), y en vez de practicar la austeridad administrativa, reforzó la máquina burocrática con funcionarios espléndidamente pagados. Frente a este considerable aumento de los gastos, se han menguado los ingresos, tanto por morosidad en el pago de las contribuciones como por efecto lógico de la depresión económica, a su vez consecuencia de la inquietud interna (6). Además, Marruecos tiene una balanza comercial deficitaria, escasos mercados, luego pocas posibilidades de exportación fuera de Francia; carece de reservas oro y de divisas, circunstancias todas tendentes a frenar las veleidades de salir de la zona franco, fórmula que hace las veces de andaderas que al tiempo que sostienen lo económico-financiero lo entorpecen para una marcha normal. La zona franco, el déficit presupuestario enjugado desde el exterior y la necesidad de mantener cierto ritmo en las inversiones públicas marcan los límites actuales de una independencia que si no veda a Marruecos el revolverse, no permite a su Gobierno desmandarse de modo perjudicial para los grandes intereses franceses, que no son tanto de Francia propiamente dicha como de poderosos grupos financieros.

Con modalidades políticas distintas, pero con problemas económicos y financieros semejantes (7), se presenta la situación del otro país

(6) El 31 de julio pasado, Mohamed V firmó el dahir relativo al presupuesto para 1956, atendido mientras tanto mediante el sistema de los doceavos. Este presupuesto asciende a 104.685 millones de francos, más 6.941 millones para atenciones diversas. El dahir relativo al presupuesto extraordinario fué firmado el 5 de septiembre. Asciende a 48.017 millones de francos (42.135 millones en 1955).

(7) Túnicia tiene 400.000 parados. De sus cuatro millones de habitantes, tres millones viven con ingresos inferiores a 20.000 francos mensuales. En 1955, el déficit del comercio exterior fué de 26.000 millones (100.000 millones de in-

magrebí independizado mediante etapas abreviadas que, no obstante, han permitido a Tunicia organizarse de acuerdo con un plan. En efecto, el paso de la monarquía de tipo absolutista, representada por el poder beylical, a una especie de monarquía constitucional que podría convertirse en República sin trastocar grandemente el orden establecido, se ha hecho suavemente, casi automáticamente: gobierno de transición; subida al poder de Habib Burguiba, previa neutralización de la oposición encabezada por Salah Ben Yusef y nacida en el seno mismo del Neo Destur, único partido operante en Tunicia; elecciones; proclamación de la Constitución, etc. Es decir, que de momento el terreno está bastante despejado en lo político interno, merced a un Bey que se limita a tareas representativas, a un Presidente con poderes casi dictatoriales con formas democráticas y a que sólo un partido actúa práctica y legalmente en Tunicia, una vez acorralados en la ilegalidad los seguidores del intransigente Salah Ben Yusef. Otro factor favorable al Gobierno tunecino es la solución de la cuestión de los felaghas, pues alguna partida suelta yusefista no significa mucho en el conjunto nacional. También podría agregarse los sindicatos U. G. T. T., emanación del Neo Destur que está en el poder. Sin embargo, esta cuestión sindical atrae algunas reservas en cuanto elemento de tranquilidad para el Gobierno, habida cuenta de las divergencias existentes entre la acción sindical y la gubernamental o, mejor dicho, entre el Secretario general de la U. G. T. T. y el Presidente Burguiba. Hay que recordar que «burguibismo» se ha convertido en palabra genérica para calificar cierta tendencia a permanecer en la estela de Francia. Ahmed Ben Salah no ha originado ninguna palabra genérica, pero sí un propósito cada vez más razonado, definido en la afirmación: «Mientras el poder financiero y económico sea detentado por franceses, nuestra independencia es incompleta», a lo que el Presidente Burguiba opone: «La eventualidad de una ruptura económica con Francia es a la vez pueril y peligrosa y únicamente se deriva de la demagogia».

En el VI Congreso de la U. G. T. T. (mediados de septiembre

tercambios). Su economía es de tipo colonial, es decir, con predominio del sector agrícola y extractivo y escasa industrialización. Sólo el 11 por 100 de su población activa trabaja en el sector industrial, en tanto que el sector agrícola absorbe el 78 por 100.

de 1956) la tesis de Ahmed Ben Salah tomó cuerpo, pidiéndose al Gobierno la elaboración de un programa económico juicioso y la obtención de créditos no sólo de Francia, sino de organismos internacionales, formulándose protestas porque el presupuesto de inversiones 1956-57 (el año fiscal tunecino empieza en 1.º de abril), que se eleva a 19.000 millones de francos (13.000 millones el año anterior) se estableciera sobre la base de un préstamo concedido por Francia del orden de 16.500 millones que había de ser objeto de una convención, según los términos de las Convenciones de 3 de junio de 1955 (8). A este respecto, una publicación gala dijo ingenuamente: «Es para mantener esos lazos (de interdependencia) que una de las Convenciones del 3 de junio de 1955 prevé la contribución del Gobierno francés en el desarrollo económico de Tunicia». Ello muestra que la postura de Ahmed Ben Salah no carece de fundamento si aspira a la auténtica independencia de su país. No otro criterio sustenta posiblemente Habib Burguiba, aunque el Presidente disienta del Secretario general de la U. G. T. T. que, por cierto, fué muy atacado en el último Congreso sindical por Ahmed Achur, candidato al puesto que ocupa. Pero Ahmed Ben Salah fué reelegido, en parte merced al apoyo que le prestó el jefe del Neo Destur, Habib Burguiba. Este dato y el esfuerzo del Gobierno tunecino para equilibrar su presupuesto 1956-57, independizándolo de la ayuda de Francia, sugiere que acaso Burguiba y Ben Salah van hacia la misma meta, aunque el camino seguido por el Secretario de la U. G. T. T. no sea recomendable para el Gobierno. En efecto, es muy aleccionadora esa voluntad gubernamental de independencia económica, sin la cual es irreal la independencia política, que ha llevado a conseguir el equilibrio de un presupuesto que se cifra en unos 42.000 millones de francos. Para ello se han utilizado los medios clásicos: recurso al aumento de impuestos y economías. En este último orden de ideas señalamos que el presupuesto del Bey y su familia, que en años anteriores ascendió a 1.000 millones de francos, ha sido reducido en el año en curso a 370 millones y lo será en 1957 a 100 millones. Por otra parte, se ha llevado a cabo una reorganización administrativa, cuyo aspecto más espectacular ha sido la supresión de 167 caudatos sustituidos por sólo 37

(8) Préstamo de Francia: 16.500 millones de francos; remanente de préstamos anteriores, 2.500 millones; recursos diversos, 500 millones.

gobernadores (wali), al mismo tiempo que se incrementa la «tunificación» de la función pública. La libertad presupuestaria frente a Francia, pese a la necesidad de contar con su ayuda para fomentar la economía, aun sin descartar la que pueda solicitarse de otros países (9) pone a Habib Burguiba en condiciones no del todo desfavorables para proseguir una política cuyas ambigüedades —justificadamente irritantes para Francia— descubren una voluntad tenaz de servir a Tunicia atemperándose a las posibilidades de cada momento y haciendo equilibrios entre lo interior y lo exterior. Las reclamaciones tunecinas para obtener la retirada de las tropas francesas se inscriben en la coincidencia de la presión interna y las conveniencias de la política magrebí de Tunicia, estrechamente relacionada con el conflicto argelino. La cuestión de las fuerzas francesas es común a Tunicia y Marruecos. La agrava el hecho de que se ha observado un aumento de las mismas a medida que la «pacificación» de Argelia ha sido llevada al rojo candente. De suerte que en Tunicia hay actualmente un contingente armado de 50.000 hombres, en tanto que en la época álgida del problema fel-lagha sólo había 20.000. Ello ha obligado a los Gobiernos de Túnez y Rabat a establecer una relación de causa a efecto entre la «pacificación» de Argelia y sus propios países independizados, pero no tanto como para sacudir una tutela militar que en lo que a Marruecos atañe tiende a convertir el estatuto actual en alianza militar, justificándose así la presencia indefinida de tropas francesas en el suelo marroquí.

En realidad ha sido Argelia, donde el problema sigue sin resolverse a los dos años de levantamiento, el motivo determinante de la proyectada y nonata conferencia de Túnez entre Mohammed V y Habib Burguiba. Independientemente del malestar que provoca en sus respectivos países cuanto acaece en el territorio vecino y hermano, es para ambos motivo de preocupación la contradicción flagrante que existe entre la política liberal que Francia practica con Tunicia y Marruecos y la intransigencia con Argelia. Por otra parte, los sucesos de Argelia han llevado los pueblos magrebíes a tomar con-

(9) Con motivo del viaje de Habib Burguiba a Estados Unidos para asistir a la Asamblea de las Naciones Unidas, se ha señalado su propósito de trasladarse a Washington para celebrar conversaciones con altos funcionarios estadounidenses y conseguir ayuda económica para Tunicia con vistas a su desarrollo.

ciencia de una realidad geográfica, religiosa y sentimental, además de racial, que crea una auténtica interdependencia en el Magreb, explícitamente admitida por Francia que no se ha limitado a engendrar la nación argelina, sino que ha establecido los cimientos de un Magreb considerado como un todo coherente, pese a la diversidad de las partes, al establecer esa organización unitaria conocida con el nombre de Africa del Norte Francesa. Independizados Marruecos y Tunicia, que en opinión de los estadistas y estados mayores del último cuarto del siglo XIX era preciso dependizar para mantener a Argelia como posesión francesa, cuesta trabajo entender por qué Francia actúa en ese último territorio con el propósito —al menos oficial— de conservarlo como parte integrante del suelo de la República. De ahí la sospecha de que la interdependencia perseguida en Tunicia y Marruecos entraña suficientes factores de dependencia como para evitar que se extienda el acta de defunción del Africa del Norte Francesa. Al parecer, esta amenaza ha fomentado el sentimiento de solidaridad con Argelia que desasosiega a los tunecinos y a los marroquíes y ha plasmado en apoyo y ayudas tangibles, en el acuerdo tácito de los tres sindicatos del Magreb y en la actividad de los antiguos fellaghas y del Ejército de Liberación. Este conjunto de circunstancias implica presiones directas e indirectas sobre unos gobiernos cuya esencial fortaleza estriba en el prestigio y la confianza de sus gobernados, llevándolos tácticamente a adoptar una lógica y una política que no es ni la lógica ni la política espontánea de los dirigentes ampliamente occidentalizados y vinculados a su antigua protectora por complejos imperativos de orden económico que no calan en la mente popular. Rebasada la etapa platónica de declaraciones de simpatía, sugerencias y ofertas de mediación hechas a París, Túnez y Rabat se vieron constreñidos a tomar una posición definida frente a la cuestión argelina. De este inclinarse hacia la opinión interior nació el proyecto de Conferencia en Túnez, a fin de inaugurar una diplomacia magrebí y coordinar la acción política de Tunicia y Marruecos en los problemas comunes. La prolongación del estado bélico en Argelia era uno de ellos para los pueblos magrebíes. Pero tratar del Magreb en ausencia de Argelia era un contrasentido. Se subsanó con la decisión de que los jefes del Frente de Liberación Nacional, considerados como «interlocutores válidos», asistieran a la Conferencia.

Inicialmente los gobernantes de Tunicia y Marruecos independi-

zados, se disponían a asistir a esa conferencia en igualdad de condiciones con relación a Argelia aun dependiente, lo que no permitía presagiar en cuál de aquellos dos países se situaría el apetecido centro de gravedad de un Magreb coordinado en el futuro, cuyo mapa se diseñaba bajo el mapa ensangrentado del Magreb central y estaba en el pensamiento de dos políticos muy distintos entre sí: Mohamed V y Habib Burguiba. No se trata de distinciones psicológicas entre tuneños y marroquíes. Hay entre estos dos hombres, revestido de poder espiritual uno, carente de él, más bien laico el otro, una diferencia esencial: Mohammed V todo lo tiene por herencia; Habib Burguiba todo lo debe a la lucha y a la conquista. Eran, pues, dos conceptos políticos que habían de afrontarse en el propósito de trazar las directrices de una diplomacia coordinada y el contorno de un Magreb aún virtual del que Argelia es factor indispensable, aunque el objetivo magrebí resulte un poco contrapuesto a los intereses inmediatos de los gobiernos de Marruecos y Tunicia atareados en sentar las bases de sus respectivas independencias. «De perdidos, al río», puesto en marcha el proyecto de conferencia, tanto para Tunicia como para Marruecos, lo razonable era sacar el máximo provecho de circunstancias rehuídas al máximo, pero impuestas al fin por la corriente de simpatía popular hacia los argelinos. De ahí la estridencia de las declaraciones, las reclamaciones reiteradas para conseguir la retirada de las tropas francesas, el viaje del Príncipe Muley Hasan a París a fin de arrancar a los gobernantes parisinos alguna concesión para Argelia y demás actividades más o menos acertadas de las naciones independientes en pugna para ser «más amiga» o más eficiente protectora de la Argelia combatiente. En esta lucha de prestigio preparatoria de la Conferencia de Túnez, Marruecos consiguió ventajas logrando que los dirigentes argelinos del Frente de Liberación Nacional en lugar de trasladarse a Túnez desde el Cairo, pasando por Libia, lo hicieran procediendo de Marruecos. El «leadership» del futuro Magreb parecía estar en manos de Mohammed V, ilusión que llevó a exagerar con poca discreción la nota de entusiasmo del recibimiento de los jefes argelinos ante los ojos irritados de los residentes franceses y de un ejército francés estacionado en Marruecos.

Por otra parte, la tendencia muy humana a tomar el sueño por realidad hizo que se efectuara con la máxima frivolidad el traslado de Rabat a Túnez de los jefes del Frente de Liberación Nacional,

pesadilla de Francia que --no debió olvidarse esta evidencia-- interpenetra todos los servicios marroquíes, como se echó de ver. Prescindiendo de toda consideración ética y mediata, el resultado práctico fué que no tuvo lugar la proyectada conferencia que hubiera consagrado una interdependencia basada en una realidad, el Magreb, frente a una buscada interdependencia derivada de una construcción jurídica, a su vez asentada en lo económico. Las sangrientas represalias que enlutaron a Marruecos y los incidentes acaecidos en Tunicia no menguaron este fracaso. Fueron políticamente inútiles y, en lo que a Marruecos respecta, suscitaron uno de esos sentimientos de culpabilidad que obligan el ánimo de los gobernantes a cierta mansedumbre. El discurso de Mohammed V en ocasión de la última Fiesta del Trono lo confirma: paz y seguridad garantizada por los poderes públicos ha prometido a los franceses a quienes ha pedido que permanezcan en territorio marroquí. En cuanto al Gobierno de Francia, después de haber llorado, honrado y sepultado a sus muertos, dió por válida la explicación de los dirigentes marroquíes tendente a hacer recaer la responsabilidad de los desmanes de Mequínéz sobre los refugiados argelinos. Y ha vuelto la página, dispuesto a empezar otra, a contra corriente del movimiento de emigración de los franceses residentes en Marruecos. Es que a pesar de la sangre vertida, al Gobierno Mollet no le pareció del todo desfavorable el balance después de la detención de los argelinos. Había torpedeado la Conferencia de Túnez sin cerrar la puerta para negociar la interdependencia, posible de conseguir mientras subsistan las condiciones financieras y económicas que, se espera, seguirán entorpeciendo los movimientos de Tunicia y Marruecos. Además, se había consolidado en cierto modo el estatuto de las fuerzas estacionadas en Marruecos, como consecuencia de las tropelías allí cometidas. Y aun cuando descabezado el levantamiento argelino no se consiguieran los efectos esperados para la «pacificación», quedaba en el pueblo galo la impresión de que el Gobierno Mollet tiene fórmulas menos elementales que el genocidio para lograrla. Finalmente, permanecía en pie la posibilidad de apretar las clavijas para recordar oportunamente que todo tiene un límite en este mundo de limitaciones.

Planteadas así la cuestión y coincidiendo con la agresión israelo-franco-británica a Egipto, de la que tan faustos y decisivos resultados esperaba el Gobierno Mollet, fueron enviados a Marruecos y Tunicia

sendos embajadores extraordinarios. Pero M. Basdevant, colaborador de M. Savary dimitido, que llegó a Rabat recién constituido un gobierno sin P. D. I. y con predominio del Istiqlal, no fué recibido por Mohammed V quien supeditó la reanudación de las negociaciones a la liberación de sus huéspedes. Por tanto, no se logró el objetivo de esa misión, que era reanudarlas acto seguido. Aun siguen paralizadas, aunque la personalidad de M. Basdevant fuera un discreto señalar que Francia proseguía en Marruecos la política liberal de M. Savary. El ex embajador de Francia en Túnez y amigo personal de Habib Burguiba, M. Seydoux, fué algo más afortunado. Ciertamente, no halló en Tunicia un clima de especial cordialidad hacia Francia, obligada a atenuar con alguna liberalidad la irritación causada por el raptó de los jefes argelinos. Suscitada una vez más por el Presidente Burguiba la cuestión de las fuerzas francesas en Tunicia, Francia no pudo oponer una negativa rotunda a su demanda. Es más, al parecer el Gobierno Mollet ha accedido a reconsiderarla. De ser cierto esto, el fracaso de la Conferencia de Túnez no resultaría del todo mal compensada para Tunicia, habida cuenta de que las ventajas logradas por Marruecos en vísperas de la misma la dejaban un poco en segundo término para mediar eventualmente entre Francia y los interlocutores argelinos.

No obstante, desde el 21 de octubre en que Mahammed V emprendió el viaje a Túnez, la relación de fuerzas se ha venido modificando en favor de Habib Burguiba, señaladamente porque las reacciones tunecinas después de ser detenidos los dirigentes argelinos no revistieron los mismos caracteres de violencia que en Marruecos. Además, Habib Burguiba no ha supeditado su conducta a ninguna decisión francesa, como le sucede a Mohammed V. De ahí que Habib Burguiba haya adquirido una preponderancia en la cuestión argelina de la que carecía al llevar Marruecos a su territorio a los jefes del F. L. N. El hecho es importante en vísperas de discutirse en la Asamblea General de la O. N. U. el problema de Argelia inscrito en la orden del día. Ciertó es que también lo fué el año pasado (por 28 votos a favor, 27 en contra y 5 abstenciones), lo que impulsó a Francia a abandonar temporalmente la organización mundial que, enérgicamente (!!), le señaló un plazo de un año para resolver esta cuestión. Pero al año largo el panorama sigue incambiado en Argelia y la situación internacional no permite ya a Francia retirarse digna-

mente del Consejo de Seguridad que en su ausencia, después de la expedición egipcia que ha unido a la U. R. S. S. y a Estados Unidos contra ella, podría tomar resoluciones ejecutorias, que su veto no podría impedir. Fué lo que sucedió en Corea por estar la U. R. S. S. ausente del Consejo de Seguridad. Forzoso le será, pues, a Francia verse puesta en la picota de acuerdo con los principios y procedimientos que ha aceptado al suscribir la Carta de las Naciones Unidas, incluidos entre éstos el ser juzgada por naciones que estima atrasadas, lo que suscita inexplicablemente la indignación de la nación democrática por antonomasia.

En esta coyuntura Habib Burguiba se trasladó a Nueva York para representar a su país admitido el 12 de noviembre en la O. N. U., conjuntamente con Marruecos y contando con el apoyo de Francia, ¡oh! paradojas de una política contradictoria. La postura que Túnicia adoptará al tratarse del problema argelino no deja lugar a dudas y coincidirá en lo esencial con la tesis afro-asiática de la que ha facilitado un avance la Memoria dirigida a la O. N. U. por la delegación neoyorquina del F. L. N. Tal se desprende no sólo de las declaraciones de Habib Burguiba antes de emprender viaje, sino de la «Carta a mis amigos franceses» (10) donde, después de exponer razonadamente su conducta con respecto a Argelia, dice sin ambages: «El voto de Túnicia independiente será, pues, hostil a Francia». Aunque más discreto en sus manifestaciones, el representante de Marruecos en la Asamblea General se alinearán con Túnicia, aunque ello acarree consecuencias nada favorables en el orden del equilibrio económico de un país necesitado del apuntalamiento de Francia, dada la forma en que hasta ahora se ha tratado este problema.

Es de desear al país amigo que en lo sucesivo sea resuelto en términos de mayor independencia respecto a Francia, como se ha apuntado en el curso de las sesiones de la Asamblea Consultiva celebradas a primeros de diciembre.

Al terminar esta exposición forzosamente esquemática de lo que estimo esencial para una comprensión del Marruecos y Túnicia actuales, no se me disimula que me abstengo de señalar rumbo a qué futuro bogan esas dos naves cargadas de dificultades y esperanzas. Pero la interrogación que se alza en el horizonte es poco propicia

(10) *L'Express*, 16 de noviembre de 1956.

para vaticinar. Cuando los hechos se azuzan unos a otros y el paisaje internacional oscila constantemente, sacudido por un seísmo que va desde el Canal de Suez a Hungría, casi únicamente cabe esperar con un esperar de espera y esperanza. En este contexto, el futuro del Magreb, lo mismo que el de los muchos Pequeños y los seudo Grandes, está en manos de los dos Grandes auténticos o Grandísimos, es decir, la orientación que sus decisiones impongan al mundo.

En lo que a Marruecos respecta, es de señalar que a raíz de las gestiones llevadas a cabo en Washington por el Príncipe Muley Hasan y el Ministro de Asuntos Exteriores Marroquí, Sr. Balafrej, ha sido enviada a Rabat una misión económica para estudiar las necesidades del país. Pero estimamos que este gesto no debe ser acogido como un testimonio de indiscutible interés de Estados Unidos hacia Marruecos. Impone ciertas reservas por el mero hecho de que Marruecos sólo es un aspecto del peliagudo panorama de la política exterior norteamericana, preocupada, en primer término, de taponar las vías de agua abiertas en la nave occidental. Desplazar a Francia del antiguo protectorado mediante una decidida ayuda económica no parece ser la manera más hábil de restañar las heridas de que se queja París después de la oposición de Washington al golpe de Suez. De ahí que sin prejuzgar de la capacidad de decisión de los Grandísimos, en este caso los Estados Unidos, no debemos olvidar que han de adaptarse a una realidad que, en definitiva, limita a Grandes, Medianos y Pequeños.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

